

### Unidad 3. Textos La mujer de mal carácter (El conde Lucanor)

Otra vez, hablando el conde Lucanor con Patronio, su consejero, díjole así:

-Patronio, uno de mis deudos me ha dicho que le están tratando de casar con una mujer muy rica, y que este casamiento le convendría mucho si no fuera porque le aseguran que es la mujer de peor carácter que hay en el mundo. Os ruego que me digáis si he de aconsejarle que se case con ella, conociendo su genio, o si habré de aconsejarle que no lo haga.

-Señor conde -respondió Patronio-, si él es capaz de hacer lo que hizo un mancebo moro, aconsejadle que se case con ella; si no lo es, no se lo aconsejéis.

El conde le rogó que le refiriera qué había hecho aquel moro.

Patronio le dijo que en un pueblo había un hombre honrado que tenía un hijo que era muy bueno, pero que no tenía dinero para vivir como él deseaba. Vivía allí otro vecino más rico que su padre, que tenía una sola hija de tan mal carácter que nadie quería casarse con ella. El mozo le dijo a su padre que para poder vivir sin pasar miserias, él había pensado, con su beneplácito, casarse con aquella vecina. Cuando el padre lo oyó se asombró mucho; pero tanto le rogó el hijo que intercedió por él.

Fue a ver a su vecino, que era muy amigo suyo, y le rogó que accediera a ello. Cuando el otro oyó la petición le contestó -Por Dios, amigo, que si yo hiciera esto os haría a vos muy flaco servicio, pues estoy seguro que si se casa con mi hija, esta le matará o le hará pasar una vida mucho peor que la muerte.

El padre del mancebo le dijo que le agradecía mucho lo que le decía y que, pues su hijo quería casarse con ella, le tomaba la palabra.

Se celebró la boda y en cuanto los novios se quedaron solos en casa se sentaron a la mesa, mas antes que ella abriera la boca miró el novio alrededor de sí, vio un perro y le dijo muy airadamente:

-¡Perro, danos agua a las manos!

Al ver que el perro no obedecía el mancebo comenzó a enfadarse, se levantó de la mesa muy enfadado, sacó la espada y le cortó la cabeza, ensangrentando toda la casa. Después, hizo lo mismo con un gato. La mujer creía que estaba loco y no le decía nada.

Cuando hubo mirado por todas partes vio el único caballo que tenía en casa, y le dijo que les diese agua a las manos.

-¿Cómo, don caballo? ¿Pensáis que porque no tengo otro caballo os dejaré hacer lo que queráis? No hay en el mundo nadie que a mí me desobedezca con el que yo no haga otro tanto. El mancebo se fue a él, le cortó la cabeza y lo hizo pedazos. Al ver la mujer que mataba al caballo, y que decía que lo mismo haría con quien no le obedeciera, le entró tanto miedo que ya no sabía si estaba muerta o viva.

Cuando hubo mirado a un lado y a otro sin ver a ninguna otra criatura viviente, volvió

los ojos muy airadamente hacia su mujer y le dijo con furia, la espada en la mano:

-Levántate y dame agua a las manos.

La mujer, que esperaba de un momento a otro ser despedazada, se levantó muy de prisa y obedeció. Díjole el marido:

-¡Ah, cómo agradezco a Dios el que hayas hecho lo que te mandé! Si no, hubiera hecho contigo lo mismo. Así pasaron la noche los dos, sin hablar la mujer, pero haciendo siempre lo que él mandaba. Después, dijo el mancebo:

-Con la ira que tengo no he podido dormir bien esta noche; ten cuidado de que no me despierte nadie mañana y de prepararme un buen desayuno.

A media mañana los padres y parientes de los dos fueron a la casa temiendo que el novio estuviera muerto o herido y la novia les dijo con mucho miedo:

-Pillos, granujas, ¿qué hacéis ahí? ¿Cómo os atrevéis a llegar a esta puerta ni a rechistar? Callad, que si no, todos seremos muertos.

Al enterarse de cómo habían pasado la noche, estimaron en mucho al mancebo, que así había sabido, desde el principio, gobernar su casa. A los pocos días, el suegro quiso hacer lo mismo que el yerno y mató un gallo que no obedecía. Su mujer le dijo:

-La verdad, don Fulano, que te has acordado tarde, pues ya de nada te valdrá matar cien caballos; que ahora te conozco.

Vos, señor conde, si ese deudo vuestro quiere casarse con esa mujer y es capaz de hacer lo que hizo este mancebo, aconsejadle que se case, que él sabrá cómo gobernar su casa; pero si no fuere capaz de hacerlo, dejadle que sufra su pobreza sin querer salir de ella. Y aun os aconsejo que todos los que hubieran de tratar con vos les deis a entender desde el principio cómo han de portarse.

El conde tuvo este consejo por bueno, obró según él y le salió muy bien. Como don Juan vio que este cuento era bueno, lo hizo escribir en este libro y compuso unos versos que dicen así:

Si al principio no te muestras como eres,  
no podrás hacerlo cuando tú quisieres.

*La mujer de mal carácter, El conde Lucanor (Texto adaptado)*